

Transgresiones de la sensibilidad

Tres primos



llegados recientemente de provincias que, entusiasmados y ansiosos por incorporarse al frenético ritmo vital de la ciudad hasta el extremo de sin siquiera aguardar a ponerse un poquito al día y aprender aunque sólo fuera unas cuantas normas generales de conducta y las reglas más básicas del funcionamiento de nuestra comunidad, **lo primero que hicieron fue pelearse** sin, en contra de lo que otros afirmarían en su momento y en su día, prestar la menor atención a las instrucciones recibidas en lo referente al corazón de la abuela ni a la forma correcta de manipularlo para que no se rompiera el orden secuencial de los acontecimientos que venían sucediéndose desde el día en que una niña de la clase de la señorita Marcela estuvo leyendo a sus compañeras en el recreo unos documentos que debían de ser muy antiguos porque dijo que los había encontrado entre unas tibias un tío suyo que era explorador y habrían, si nada se torcía, de desembocar en una historia y una identidad que Alicia podría confeccionar si no a su antojo sí por lo menos a medida y bien sentada (la historia) o perfectamente definida (la identidad) salvo que no se aviniesen — y se daba ella cuenta de que con esa posibilidad se debe contar siempre “habida cuenta¹ de lo borrega que puede ser la gente”— ni la una ni la otra² a lo que a ella personalmente más le gustase o, si algo se torcía (posibilidad que no debe jamás desecharse por impensable), en algo que bien³ podría suceder en algún



Tres primos



Llegados recientemente de provincias, entusiasmados y ansiosos por incorporarse al frenético ritmo vital de la ciudad hasta el extremo de — sin siquiera aguardar a ponerse un poquito al día y aprender aunque sólo fuera unas cuantas normas generales de conducta y las reglas más básicas del funcionamiento de nuestra comunidad — secundar el ambicioso proyecto, que llevada de su onada tenía el rasgo honor de haber inspirado Felipe el Tercero, alreñadísimo a nosotros, de seriedad y con el corazón en la mano se lo decían, nos podéis encomendar lo que queráis porque estamos dispuestos a lo que luego fallos.

Que se vea claramente — o lo vea al menos y con el alma en vivo una Cenoveva temerosa de que aquellas mocosas ignorantes de que las cosas hay que hacerlas con método y desconocedora, además, de quién era ella, tiramos, de un solo golpe poro centura, literalmente a la basura la ardua labor a la que llevaba años y aun lustros o siglos sacrificando gomas su existencia — que en verdad lo decían con el corazón en la mano, el mayor sobre todo y en concreto, que lo había cogido de encima de la cómoda y, la abuela «Pero québrando que me lo va a romper», punciada el chico de una mano a la otra; su así comen de Jesús de todo lo sedor y de porcelana además, que era.

Porque Cenoveva era, aparte de como el tío Emiliano tan comedido no hubiese dicho jamás salvo por boca de Gertrudis, prueba Gertrudis lo podía, la encargada de mantener en orden y mutaciones, rigurosamente secuenciada — que si lo hubiera dicho el tío Emiliano — no ya sólo cuenta historia de gentes acostumbradas a moverse con soltura por las calles arboladas y con sus sacras y sus cruchas y sus lustreros luminosos de nuestras ciudades, a poseer vive por lo general y sublimado cada cual dónde iba, sino las historias — de otras gentes demituidas o oscuras por populaciones urbanas muy jóvenes, sacadas de arriba tan perdidas y sin tener a quién pedir que aunque fuese con unas indicaciones muy oscuras las sacaban hacia alguna parte — que solían desembocar en finales felices cuando, al encontrarse nuevamente y adelantarse unas con otras embargadas por el júbilo aunque estuvieran hambrientas y de polvo o barro hasta las cejas, se amaban Tereza por la ventana de la cocina desde fuera de que hicieron el favor de entrar y lavarse las manos porque la cena se empeña a quedar fría

¹ Le dijo a la hermana (o sólo lo pensó).

² Ni en su fondo ni en su forma ni en sus aderezos ni en el fin al que fueran a ser destinadas.

³ O mal, si los hados adversos decidieran que se tratara de un suceso desgraciado.

Transgresiones de la sensibilidad

Tres primos

archivo que debería, para que las cuentas cuadrasen y Benilde⁴ no se disgustara, enlazar desde (o de retroceso a):

“que ya lleva esta casilla y este distintivo — diría, no importa cuál de las cuatro —, de manera que aquí habría que quitarlo y poner otro”⁵ y, en eso, no habría argumento lo bastante sólido como para quitarles la razón, ni en grupo ni de una en una y dependiendo, eso siempre, de su antigüedad en el cargo y de los derechos adquiridos en virtud⁶ de sus respectivos méritos.



⁴ O Marcela o Violeta u Oriana.

⁵ Sin olvidarse de añadir [el comentario](#) de que albergaba — y no importa que fuese Benilde o Violeta o Marcela u Oriana — muy serias dudas de que hubiese “entre este desastre de alumnado que — por algo merecedor de castigo, suponía ella, que hubiera hecho en una vida anterior — me ha caído en suerte” alguien capaz de encontrar una buena solución al problema.

⁶ Como no podría ser de otra manera.